El fracaso en orden práctico de estas brillantes aportaciones cuya realización significaría la rápida disolución del criterio lineal de novedad es, a pesar de todo, patente. El cambio de planteamiento de las mismas y las diferencias de aplicación que surgieron en el seno de la organización, así como expulsiones y dimisiones consecuentes, enmarcaron a la Internacional Situacionista en una ambigüedad propia del enfrentamiento entre su hacer político (politización, en fin, al contactar sectores del proletariado radical que sólo contribuyeron a crear mayores e inesperados problemas internos) y su revolución cultural, más netamente entre su teoría y su práctica.

¿Cómo entender si no la fulgurante caída del valor de uso de la dialéctica situacionista, de la revolución naufragada en los espejismos de la coherencia pasiva? El mecanismo es paradójico, se habla, piensa, polemiza y se recrea sobre la revolución. Hay muchos revolucionarios, pero la hora de poner en escena los acabados discursos, los bellos manifiestos fraguados en los ardientes congresos, flota con retraso en un castillo en el aire. Por extraño que resulte, la conciencia queda descansando absorbida por largos argumentos teóricos que difuminan el lugar de acción, encerrando el ansiado valor de uso situacionista en la fosilización de mastodónticos textos —casi dos décadas de acción discursiva— que nunca han pisado el escenario que nos interesa y, todo hay que decirlo, se desgastan entre los almohadones de la conciencia, esa conciencia que, como dijo Hegel, sólo se goza en sí misma y de hecho sólo se ocupa de sí misma.

Estos subversivos y apocalípticos textos que en mayo del 68 deslumbraban, ven la luz, aquí y ahora, con el ineludible e irreversible retraso de casi diez años y esa paradójica —si no contradictoria— vuelta atrás. Nos queda al menos el consuelo de leerlos bajo la original perspectiva del sistema Isou (explicado por el brillante Asger Jorn en el libro), que no excluye el valor de crítica que el propio situacionismo realizó a la revolución parcial, reformista y burocrática, tan miope como en boga en el presente.

La misma definición de la Internacional Situacionista queda como paradigma (¿paradoja?) de la negación: La I. S. puede compararse, en la cultura, por ejemplo, a un laboratorio de investigación y también a un partido, en el que somos situacionistas, y donde nada de lo que hacemos es situacionista.

ASIS CALONJE

ACTUALIDAD DE ALDOUS HUXLEY

DOIREANN MACDERMOTT: *Aldous Huxley. Anticipación y retorno*. Plaza y Janés. Barcelona, 1978. 275 págs.

Hace ya muchos años publiqué un extenso artículo sobre Aldous Huxley (1), autor que había empezado a conocer en traducciones antes de abandonar España y que me fue fácil leer en inglés desde mi llegada a los Estados Unidos. Huxley me había parecido siempre un escritor extraordinario: sus vastos conocimientos me maravillaban y no menos su constante preocupación por el destino de la Humanidad, su búsqueda de una filosofía viable que le permitiera vivir. Como Miguel de Unamuno —por otra parte—, era un alto ejemplo de la rebelión contra el racionalismo del siglo XX. Estudié sus obras —partiendo de *Crome Yellow* (1921) y terminando con *After Many a Summer* (1939)— desde el punto de vista de la influencia ejercida por los valores tradicionales en el desarrollo de la cultura europea occidental: de los valores que tendían a una visión naturalista y humanista del mundo. Huxley unifica en sus ensayos tres mundos: el de lo personal y autobiográfico; el de lo objetivo, de lo factual, de lo concreto particular, y el mundo de lo abstracto universal. Orientó su obra, sin duda, desde una visión de la vida que emanaba originariamente de la tradición humanística del Renacimiento. Después se apartó de esa síntesis humanista del mundo y procuró una síntesis mística y, finalmente, quietista.

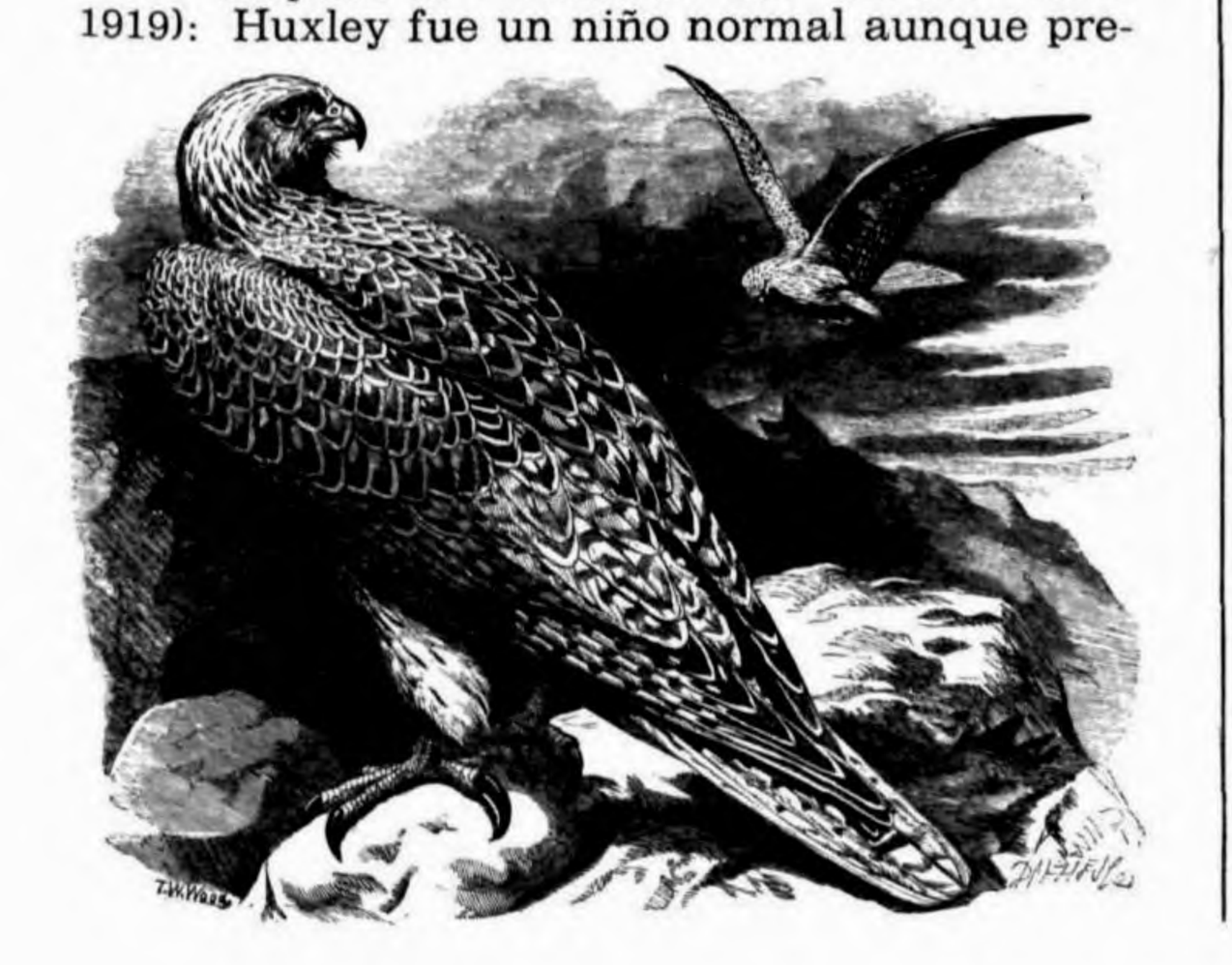
El excelente libro de la profesora Mac Dermott me ha permitido reencontrar a Huxley en su dimensión total, pues nos presenta un estudio completo de su vida y de su obra, entretejidas y ordenadas cronológicamente en períodos en cuyo fondo se percibe la historia coetánea y las corrientes ideológicas dominantes.

En la Introducción se afirma la sorprendente actualidad de la obra huxleyana —escrita en prosa de «absoluta claridad y sencillez»—, ya que muchas ideas hoy en boga fueron examinadas y sostenidas por Huxley hace medio siglo: su interés por la «ecología humana», el aumento de la población y del hambre, el excesivo desarrollo industrial, los problemas de la juventud, el perfeccionamiento del individuo, etc. Huxley siempre mantuvo su mente abierta hacia el mundo, a fin de explorar caminos que pudieran conducir a mejorar la situación de los hombres. La profesora Mac Dermott subraya la capacidad de «anticipación» del escritor inglés, al estar dotado de una «extraña antena intuitiva»: Huxley captaba los latidos del mundo y las novedades científicas que habían de repercutir en la sociedad. Y esta vasta cultura irritaba muchas veces a los críticos: era un autor de difícil clasificación. Su condición proteica —de poeta, novelista, filósofo, ensayista, historiador, periodista— les desconcertaba. También le acusaron de falta de humanidad en sus novelas, basándose en que su sátira era invectiva y su humor amargo, aunque regada por una «pirotecnia intelectual brillante». Pero hay comentaristas que le exculpan de tales imputaciones, aun-

(1) CONCHA ZARDOYA: «El humanismo y misticismo de Aldous Huxley», *Realidad, Revista de Ideas*, Buenos Aires, marzo-abril 1949, págs. 141-155.

que descubren una disparidad entre el hombre —afectuoso, leal, incapaz de violencia— y el escritor —analista frío o virulento—. La profesora Mac Dermott, en cambio, exalta la figura de este escritor medio ciego, «silencioso observador del mundo», *anti-establishment,* esforzado pacifista y contrario a toda violencia, novelista sin novelística que, en 1945, se convierte en filósofo sin filosofía al publicar su *Perennial Philosophy* que escandaliza a sus nuevos colegas, pero que también es considerado por otros como un importante tratado de mística. Unos años después, Huxley ingiere mescalina —bajo vigilancia médica— y escribe sus impresiones en *The Doors of Perception* (1954). Y su biógrafa nos adelanta que la vida de Huxley será una pugna constante entre dos mundos: el de la contemplación y el de la acción, el de la sensualidad y el de la espiritualidad, eternas dualidades del hombre. Huxley nunca se acogió a ninguna secta o religión oficial, porque no podía renunciar a su pasión por la libertad. Así se confesaba agnóstico: «Soy un agnóstico que aspira a ser agnóstico, pero sólo desde la mística, sin símbolos, cosmologías ni panteón» *(Letters).* El misticismo era un ideal para sus dubitaciones, pero Huxley sabía que no era para él, pues uno de los mayores obstáculos en la vía contemplativa era su constante preocupación por la Humanidad. La herencia de sus antepasados victorianos era la obligación moral de contribuir al bienestar común. Huxley, además, es actual por la enorme lección moral que nos ha dejado: fortaleza para afrontar las tragedias de la vida, gentileza de comportamiento, total carencia de vanidad. Aún más: el enorme estímulo intelectual de su obra, que siempre puso en práctica la milenaria máxima del Tao —aprender algo cada día.

La profesora Mac Dermott abre su biografía con el estudio de los antecedentes familiares y culturales de Huxley, estableciendo que éste heredó de su abuelo paterno su humanismo y su tenacidad estoica, veracidad y claridad. Examina después la formación del escritor (1894-1919): Huxley fue un niño normal aunque precoz, a quien le gustaban el campo, el alpinismo, etcétera. Estudiante excepcional, muy crítico consigo mismo y los demás, aprendió a amar para cumplir el consejo de su madre. Desde los catorce años posee un total dominio del lenguaje y un gran desarrollo de su memoria, favorecido por su ceguera. Su hermano Trev se ahorca en un bosque y esta experiencia trágica amarga sus días universitarios de Oxford. Las personas de su biografía pasarán a formar parte de sus novelas como personajes: la profesora Mac Dermott nos va dando las claves de sus transformaciones. Entre sus entusiasmos literarios destacan los escritores franceses, empezando por Montaigne. Huxley se casa en 1919 con María Nys, joven belga refugiada de guerra, y su vida matrimonial será siempre armoniosa.



Los capítulos siguientes continúan la biografía del escritor, enlazándola con viajes, nuevos amigos, experiencias, lecturas y el quehacer de pensar y escribir. Practica el periodismo, al comienzo de su carrera; escribe guiones para el cine al llegar a Los Angeles... Italia (1919-1928), sus primeras novelas y sus primeros ensayos. Después, la etapa de Francia (1929-1937); finalmente, las dos de América (1937-1953) y (1954-1963), con sus últimas novelas y ensayos. Italia le vuelve hacia las artes plásticas, prefiriendo siempre la sobriedad ante lo ostentoso. Huxley admira en un artista la dignidad y la sinceridad, además de la sobriedad, «virtudes muy en consonancia con su concepto ético del arte y con su propia personalidad». Entre sus viajes, los que hizo a la India y a Méjico —aventura terrible— ejercieron poderosa influencia sobre él. Vino a España dos veces, país que le pareció «interesantísimo», no sólo por su paisaje y su arte, «sino también por su extraña y no siempre simpática gente» (carta a su padre). El Greco y Velázquez le impresionaron mucho, aunque le parecieron incompletos y... sublimes. Pero su visión del cretense es muy original: en sus figuras descubre las «raíces fisiológicas del éxtasis», un «mundo tragado», una «cárcel visceral».

La profesora Mac Dermott transcribe citas de cartas huxleyanas y todas son estupendas declaraciones personales: nos descubren, por ejemplo, su amor a lo mediterráneo... Dentro del texto biográfico, son particularmente conmovedoras las páginas dedicadas a las dos esposas del biografiado, su lucha contra la ceguera, la situación de los refugiados del nazismo, etc.

Es imposible comentar aquí los análisis —muy inteligentes, sensibles y valiosos— que se dedican a cada obra, los comentarios que las relacionan entre sí y en cuanto al desarrollo del pensamiento huxleyano. Citas pertinentes —extraídas de los propios textos, de cartas o de críticos— iluminan o subrayan ideas importantes.

Aldous Huxley emerge de este libro —informativo y esclarecedor— como un hombre cuyos

estímulos principales son la experiencia humana —acrecentada por los viajes— y la lectura infatigable de lecturas de toda índole. Su curiosidad intelectual es tan grande como su vitalismo. Sus cambios se acompasan naturalmente con la edad. Pacifista a ultranza, estoico ante el dolor y la muerte, tratando siempre de resolver la ecuación entre barbarie y civilización, buscador del «presente eterno»... Extraordinario observador de cuadros y monumentos, cree que el arte puede mejorar a la sociedad. Es capaz también de crear una visión futurista de la Humanidad, una sorprendente utopía. Incansable explorador de la mente humana, posee también un fino instinto de lo poético. Por su capacidad de anticipación, sus ensayos —serios o sardónicos— son de absoluta actualidad.

Las obras huxleyanas estimulan el pensamiento y obligan a reflexionar. El libro de la profesora Mac Dermott es un guía perfecto para penetrar en el doble mundo —vida y obra— huxleyanos: a través de él descubrimos que, sin pretensiones de teólogo, filósofo o místico, Huxley nos propone la búsqueda de una orientación que dé sentido a nuestra vida.

CONCHA ZARDOYA

ACERCA DE LA ACTUALIDAD DE UN MITO KLEISTEANO

HEINRICH VON KLEIST: *Pentesilea*. Prólogo, traducción y notas de Carmen Bravo-Villasante. Editorial Magisterio Español, 1978.

La reciente publicación de una versión de la *Pentesilea* de Heinrich von Kleist, debida a la prolífica pluma de Carmen Bravo-Villasante, suministra motivo suficiente para consideraciones que, como las que a continuación se pergeñan, contienen quizá más carga de ideología histórico-sociológica que de análisis crítico-literario. Más intención de periodismo cultural que de retórica con base en el hecho dramático. Más ironía que método o caución ante deslices por la pendiente del seno. Del que, faltándole a ella —a la amazona prendada de la humanidad de Aquiles—, llegó a erguirse en banderola de mujeres a caballo contra el látigo del miembro.

El caprichoso dramaturgo alemán, cuyo bicentenario se celebró con las obligadas solemnidades conmemorativas en su muy memoriosa patria durante el antepasado año (incluso fue presentado un filme biográfico a la correspondiente edición del Festival de Cannes), sintió devoción casi religiosa por la figura legendaria de la reina tracia que, según Arctino, acudió en ayuda de la cercada Troya una vez desaparecido Héctor. En la *Etiópida*, en efecto, se nos narra además cómo, enfrentada con Aquiles, Pentesilea —la *Pantasilea* a que luego se referiría nuestro marqués de Santillana— fue derrotada y muerta por el hijo de la nereida. Muerte y derrota que, tratándose de mujer casi divina, debió parecer inadmisible desenlace a la mente calenturienta de un romántico furibundo. Un romántico tan entregado a la causa del amor a la mujer soñada que soñó que la mujer, en general, era sueño.

Pentesilea, la *Pentesilea* de Heinrich von Kleist, constituyó en su momento un escándalo sin precedentes. El mismo Goethe, desde las cumbres de su ya reconocida inmortalidad, ironizó acremente a propósito de la invención de su alocado compatriota. Según éste, la reina amazona no sólo dio buena cuenta del héroe griego, sino que a continuación, y espantada ante lo que había hecho —ensañarse con su cadáver—, se clavó un afilado puñal a la altura de la víscera donde la sangre converge.

Sangre y amor: otro equívoco. Y no sólo por aquello de la *herida siempre abierta* a que tan aficionados son algunos vates a la hora de referirse al género femenino, sino además, sobre todo, porque todo buen romántico en sangre ahoga su eros. El mismísimo Von Kleist —para no irnos más lejos— acabó sus venturas disparándose en la boca tras disparar (¡cómo no!) contra su última amada, quien, oh desgracia, era adúltera... Sangre y amor, como digo.

El caso es que, leída hoy, la tragedia imaginada por Kleist resulta tan desfasada, tan enternecedoramente caduca, que no es de extrañar que, según nos informa su traductora y prologuista, siga representándose en Alemania con éxito de taquilla. ¿Acaso no están volviendo a tenerlo en los que fueron dominios del *führer* otras posturas vitales teñidas de idealismo? ¿Acaso no es proclive el pueblo germánico a dejarse engatusar por mercaderes de lo absoluto? ¿Por qué habría de correr, pues, peor suerte el trasnochado *élan* romántico?

Y, sin embargo, qué rollo: que si Pentesilea se enamora de Aquiles nada más verle y Aquiles siente al toparse con ella un abrasador flechazo (en el talón, imagino). Que si combaten en dos o tres ocasiones forzados por las circunstancias. Que si se perdonan mutuamente la vida en los primeros lances para acabar, oh destino cruel, enfrentados en duelo singular del que habría de resultar muerte. Que sí, que resulta. Y que lo que resulta es el descalabro del griego, quien, una vez